

Francisco Lafarga y Luis Pegenaute, eds. *Autores traductores en la España del siglo XIX*. Kassel: Reichenberger, 2016, 592 pp.

IRENE ATALAYA
Universitat de Barcelona
irene.atalaya@ub.edu

Este volumen se integra en el marco del proyecto de investigación *Creación y traducción en la España del siglo XIX* dirigido por Francisco Lafarga. El tema principal de la obra es la relación entre traducción y creación en consonancia con el creciente interés por este vínculo en los Estudios de Traducción Literaria. Se pone de manifiesto el papel de los autores como traductores, o viceversa, y la importancia de las traducciones, históricamente discriminadas y marginadas por su subalternidad con respecto a la obra original. Desde Walter Benjamin a Antoine Berman, pasando por Steiner o Derrida, se cuestionan estos preceptos y se asume el papel de la obra traducida en la supervivencia o canonización del texto original, sin la cual este no llegaría a estar completo. Desde la perspectiva de traducción como creación y considerando que las capacidades originales del autor no se ven mermadas al enfrentarse a esta labor, treinta y cuatro especialistas¹ en el ámbito presentan a cuarenta y cuatro autores-traductores. Se trata de grandes nombres del panorama decimonónico estudiados, casi en exclusividad, por la Historia Literaria como creadores. La crítica ha desatendido esta faceta traductora de los autores, a veces relegada, si acaso, a una nota a pie de página. No se ha prestado la atención suficiente al alcance que tuvieron como agentes de mediación entre culturas, ya que fueron ellos los que, gracias a la traducción, introdujeron nuevas corrientes literarias y renovaron el canon. Una de las grandes preguntas que surge atañe a las razones que impulsaron a los escritores a involucrarse en la traducción y qué tipo de textos teóricos se crearon alrededor de la misma. Estas cuestiones permiten al historiador enfrentarse a la traducción con una base traductológica.

La estructura de los estudios sigue una misma línea conceptual, tomando como punto de partida la obra traducida del autor en relación con la producción personal. A grandes rasgos, la domesticación y naturalización de los textos invade la poética traductora de

NOTA: Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación FFI2012-30781, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

1 La relación de los colaboradores es la siguiente: Lúdia Anoll, José Antonio Bernaldo de Quirós Mateo, José Calvo Carilla, Víctor Cantero García, Luisa Cotoner Cerdó, Fernando Durán López, Ángeles Ezama Gil, Pura Fernández, Rosalía Fernández Cabezón, Ana María Freire, Juan F. García Bascuñana, Salvador García Castañeda, María Jesús García Garrosa, David T. Gies, José Luis González Subías, Esteban Gutiérrez Díaz-Bernando, Solange Hibbs, Francisco Lafarga, Pau Miret, Joan Palomas i Moncholí, Luis Pegenaute, Alicia Piquer Desvaux, Assunta Polizzi, Carmen Ramírez Gómez, José Ramón Sanchis Alfonso, J. C. Santoyo, Elena Serrano Bertos, Marisa Sotelo Vázquez, Francisco Trinidad, Juan de Dios Torralbo Caballero, Irene Vallejo González, Juan Miguel Zarandona, María Zozaya y Leonor Zozaya.

la época (sobre todo en el teatro) y casi todos los escritores siguen este modelo. Resultan interesantes para ello los apuntes biográficos que proporcionan los autores de los estudios, en particular, cuando están relacionados con el conocimiento de los idiomas y con las motivaciones personales que empujaron a los autores-traductores a su aprendizaje. Se ve igualmente cómo el Romanticismo fluctúa hasta finales del siglo XIX, ya que este movimiento está presente en las lecturas juveniles de aquellos nacidos hacia la segunda mitad de siglo.

Puesto que no se puede hablar de traducción en este período sin hacer alusión al rol de la prensa, casi todos los autores estudiados colaboraron activamente como críticos literarios en los medios influyentes de la época. Las razones que les incitaron a involucrarse en esta actividad son de índole económica, ideológica o personal. A veces se trata de traductores que más tarde se convirtieron en autores o viceversa. Lo que está claro es que fueron personas de letras las encargadas de introducir las grandes obras extranjeras y promover, consciente (como fue el caso, por ejemplo, de Pardo Bazán y los hermanos Goncourt) o inconscientemente, a los autores europeos. Estos autores-traductores fueron adaptadores: refundieron o imitaron para el caso de la escena, guardaron más fidelidad en la prosa, o incluso se valieron de la traducción como ejercicio poético.

Uno de los puntos fuertes de este volumen es la relación de traducciones, y reedición de las mismas, que se incluye al final de cada estudio, creando así un catálogo bibliográfico alfabético o cronológico por autor-traductor para todo aquel que desee consultarlo. Es decir, el aparato crítico se complementa con un listado de los textos citados.

Debido a la magnitud de la empresa, las diferentes lenguas, géneros o temáticas, la obra sigue una ordenación cronológica. En el prefacio, Francisco Lafarga y Luis Pegenaute establecen una temporalidad en tres etapas. El libro debuta, por tanto, con los nacidos a finales del siglo XVIII y que, aún reticentes al Romanticismo, pertenecen a una línea clasicista heredera del siglo anterior. El primero de todos, y el veterano, es Juan de Escoiquiz, conocido sobre todo por sus traducciones de E. Young y de J. Milton. Su reacción ideológica se hace tangible en las numerosas omisiones y adiciones, pero, en cierto modo, comienza con él una renovación romántica. Entre los dramaturgos de los albores del siglo XIX se sitúa la actividad dramática de Gaspar Zavala y Zamora, importante por introducir varias obras de Metastasio y Florian. También Félix Enciso Castrillón fue uno de los más célebres adaptadores a la escena española y al gusto de la época, aunque destaca como primer traductor de *I promessi sposi* de Manzoni. Su concepto de la traducción es muy libre, lo que justificó normalmente en sus prólogos. En la misma línea se inscribe Dionisio Solís, cuya práctica teatral, heredera del siglo anterior, difumina los límites entre traducción, adaptación, originalidad e imitación. En la última generación de liberales neoclásicos se incluye igualmente a Eugenio de Tapia y a José María de Carnerero. Las traducciones del teatro francés del primero fueron numerosas, aunque se mostró paradójicamente crítico e irónico con respecto a la invasión cultural vecina. De liberal a monárquico, Carnerero, influenciado por Scribe, utilizó en sus primeros años la traducción como medio de iniciarse en la dramaturgia. Por ello, aparecen versiones muy libres de los textos que continúan con la práctica extendida en el paso de un siglo al otro. Entre los pocos poetas neoclásicos se

halla José Mor de Fuentes, autor de *Ensayo de traducciones*, que tradujo por primera vez *Las cuitas de Werther* de Goethe directamente del alemán. Por otro lado, el liberal Juan Nicasio Gallego tradujo, en su etapa barcelonesa en el círculo de Aribau, *Los novios* de Manzoni y varias obras de Scott. En realidad, aunque todos ellos sean coetáneos, configuran, como se puede apreciar, un grupo menos homogéneo de lo que parece. Dos de las figuras más interesantes de este periodo —quizá por su relación controvertida con el sistema literario español, sin duda a causa de sus largos exilios— fueron José Marchena, del lado francófilo con sus traducciones de Voltaire, y José María Blanco White, del anglófilo, que intentó desestabilizar los preceptos cristianos sirviéndose del arma de la traducción. Caso aparte es el del afrancesado Alberto Lista, recordado principalmente como crítico literario. En consonancia con el espíritu de la época, para él, la traducción es creación como se aprecia en *El enfermo de aprehensión* de Molière. Sin embargo, no fue solo literatura lo que tradujo, sino también textos de saber científico e histórico, en especial la obra de Louis-Philippe de Ségur.

En el segundo grupo nos movemos hacia el Romanticismo incipiente con Luis Lamarca. Entre polémica y traducción, pero imprescindibles para el movimiento romántico, aparecen José Mariano de Larra y Juan Eugenio Hartzenbusch. Conocido, sobre todo, por su pluma crítica en traducción, Larra fue uno de los renovadores de la escena española con la introducción del vodevil. Hartzenbusch, gran adaptador teatral, fue maestro del arte de la reescritura, haciendo difícil para el historiador la localización de los originales. La figura del poeta romántico Wenceslao Ayguals de Izco es también relevante como creador de la Sociedad Literaria, así como seguidor y traductor de E. Sue. Conviene recordar su relación con el catalán Víctor Balaguer, traductor a su vez de esta Sociedad y adaptador de Dumas y Sue, el cual mantuvo una posición activa en la traducción decimonónica gracias a sus comentarios y notas. Aunque quizá menos célebres, sin menospreciar su importancia para la aparición de las ideas románticas en España, encontramos los casos de Ramón López Soler, adaptador sin tapujos de textos ajenos, principalmente de Hugo; José María Díaz de la Torre, cuyas versiones de Amédée Achard están en consonancia con su obra original, en lo que a la finalidad moral se refiere; Jaime Tió que, desde una perspectiva sociológica de la literatura, quiso poner al servicio del público español las novedades vecinas de todo género; y finalmente, Nemesio Fernández Cuesta, destacado por su traducción de *Los miserables* de Hugo (1863) y de algunos relatos de Verne, así como autor de varios trabajos lexicográficos. Sin duda, uno de los grandes traductores románticos fue Eugenio de Ochoa: se interrogan las razones ideológicas que condujeron a un hombre de su talento a volcarse en la traducción. Entre los poetas arraigados en el Romanticismo, y de las pocas mujeres todo sea dicho de paso, se incluye el caso de la célebre Gertrudis Gómez de Avellaneda que experimentó con Lamartine o Byron, aunque también arregló muchas obras para la escena. Tampoco nos extraña que el místico Juan Manuel de Berriozabal fuera uno de los primeros en introducir a Lamartine en España. El último poeta del grupo es Eulogio Florentino Sanz, gran introductor de Heine, cuyas traducciones influyeron en la poética de Bécquer y se convirtieron en modelo de traducción para Llorente o Valera. Más tarde, Augusto Ferrán, alabado por Bécquer y Pardo Bazán, fue igualmente un importante imitador de Heine, al

que difundió en *El Semanario Popular*. Se comienza así a entrever el entusiasmo por la poesía alemana que moldea la lírica española y que se centra, a partir de ese momento, en el yo íntimo. Al margen de toda corriente se incluye al prolífico Manuel Bretón de los Herreros. Aunque nunca fuese un traductor vocacional, el conjunto de sus traducciones es esencial para comprender su teatro.

En el tercer bloque se sitúa un grupo heterogéneo que fluctúa entre Romanticismo, Realismo-Naturalismo y siglo xx. Estos autores practican la traducción, con mayor o menor intensidad, atendiendo sobre todo a razones personales o ideológicas. Entre las figuras clave del movimiento realista-naturalista se hallan Juan Valera y Emilia Pardo Bazán. La traducción guarda relación con sus respectivas evoluciones literarias, como lo demuestra el consabido caso de la fascinación de la condesa por la obra de los hermanos Goncourt. También al Naturalismo, aunque más radical, hay que vincular a Eduardo López Bago y Peñalver, gran difundidor de Zola. Más cercanos a la literatura popular, aunque también de corte realista, se encuentran Joaquina García Balmaseda, importante por dirigir su mirada hacia la literatura femenina, y Amancio Peratoner, considerado el mejor traductor de Zola y conocido por sus traducciones ensayísticas de la llamada «higiene trascendental», es decir, de temática sexual, así como su versión de la rebautizada *¡¡Adúltera!!* de Flaubert. El vínculo entre obra traducida y original se revela ineludible en el caso de Faustina Sáez de Melgar, José Feliu y Codina y Vicente de Arana. La primera aparece en el periodo de auge de la prensa femenina. Tradujo sobre todo en la revista *La Violeta*, de la que fue cofundadora durante la época isabelina. El dramaturgo, pero sobre todo incansable periodista, Feliu y Codina fue traductor de novela francesa e italiana para la editorial de Verdaguer. En cuanto al último, V. de Arana, que quiso llegar a ser un escritor vasco victoriano, versionó principalmente a Tennyson. En los tres casos se destacan los posibles puntos comunes entre los autores traducidos y su obra propia. Entre los más prolíficos, que se acercan ya al perfil de traductor profesional moderno, tenemos, en el caso del teatro, a Ramón de Valladares y Saavedra, y en poesía, al patriarca de la Renaixença valenciana Teodoro Llorente, autor de la primera versión en verso del *Fausto*, así como entusiasta antólogo. Un caso diferente es el Josep Yxart, editor de la «Biblioteca Arte y Letras» ya en su edad adulta, gran divulgador de Schiller con el que además compartía valores literarios e ideológicos. Al contrario, en su juventud antes de convertirse en novelista, el internacional Armando Palacio Valdés, director de la *Revista Europea*, se propuso dar a conocer en ella la literatura de allende los Pirineos, empresa a la que él mismo contribuyó. Sin precedente alguno, Marcelino Menéndez Pelayo no necesita presentación y es un ejemplo valioso que nos muestra cómo su labor traductora de autores clásicos y modernos, en especial de Shakespeare, ha sido relegada a un segundo plano, escondida tras su imponente producción como erudito, crítico e historiador literario.

Llegando al final de nuestro recorrido, se hallan aquellos autores de finales de siglo que continuaron su labor en el primer tercio del siglo XX. Dos nombres que no pasan desapercibidos en la España finisecular son Jacinto Benavente y Miguel de Unamuno. El desconocimiento de la crítica de la faceta traductora de Unamuno es un hecho, pero es un claro ejemplo de traducción como manera de subsistencia. Por tanto, sus trabajos son obras

poco cuidadas, en las que incurre muchas veces en el calco, lo que conlleva que algunos críticos se cuestionen incluso sus competencias lingüísticas. Benavente, que trajo a la escena española diversas obras del teatro europeo, aunque sintió especial admiración por Shakespeare, da continuidad, a pesar de encontrarnos en los albores de un nuevo siglo, a la domesticación y la tradición decimonónica. Desde una perspectiva pedagógica krausista, se encuentra la labor llevada a cabo por el pensador Hermenegildo Giner de los Ríos, vinculado a las traducciones publicadas por Antonio Zozaya y You en su *Biblioteca Económica Filosófica*, esenciales para la evolución del pensamiento krausista y asequibles para el gran público. El volumen se cierra con Magdalena de Santiago Fuentes, pedagoga, feminista y traductora. En consonancia con Giner y Zozaya, también en el marco de la Institución Libre de Enseñanza, luchó por una mejor posición para la mujer, lo cual le condujo a acercarse a las obras extranjeras. Sobresale su versión de la obra de E. Key, cuyo prólogo es todo un manifiesto de intenciones.

Es, por tanto, esta obra dirigida por F. Lafarga y L. Pegenaute una pieza clave del engranaje decimonónico de la traducción, en la que se presentan nombres esenciales del panorama literario, y en la que podemos vislumbrar las relaciones que éstos establecieron con la traducción y las literaturas extranjeras. Fueron renovadores, adaptadores, imitadores y mediadores culturales que utilizaron la traducción en sus diferentes vertientes. Se ha demostrado, pues, que estas obras deben ser estudiadas, consideradas y valoradas en su conjunto por los historiadores de la literatura.